LA GENESIS DEL DICCIONARIO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA DEI: UNA TRAVESIA JUNTOS

J. Carlos Coupeau, S.J.
José García de Castro, S.J.
Grupo de Espiritualidad Ignaciana (GEI)

La publicación del “Diccionario de Espiritualidad Ignaciana” (DEI), Edit. Mensajero-Sal Térrea, Colección MANRESA 37-38, España, 2007, es el fruto de siete años de camino. Coincide con el nacimiento, constitución y desarrollo del “Grupo de Espiritualidad Ignaciana” (GEI), formado por Pascual Cebollada, J.Carlos Coupeau, José García de Castro, Javier Melloni, Diego M.Molina y Rossano Zas Friz de Col, todos miembros de la Asistencia Jesuita de Europa Meridional. Los objetivos y el modo de proceder de este grupo de Jesuitas, expertos en Espiritualidad Ignaciana y su trabajo en equipo, nos pareció inspirador y de gran valor para toda la Compañía de Jesús. Es lo que nos animó a publicar la descripción de un proceso que nuestros hermanos siguieron y que se concretó en este diccionario ¹.

La invitación

La idea de ponernos a escribir un diccionario aparece en las actas de la mismísima reunión por la que el Grupo de Espiritualidad Ignaciana (GEI) fue constituido. A partir de entonces (agosto del año 2000), el *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana (DEI)* se desarrollaría al ritmo de las tres reuniones (primavera, verano, otoño) que el GEI

sigue manteniendo anualmente. Los epígrafes de este artículo ponen el énfasis en las reuniones estivales, celebradas en comunidades o casas de vacaciones que las provincias a que pertenecen sus miembros poseen. Estas reuniones estivales duraban el doble que los fugaces fines de semana (primavera y otoño); resultaron el motor del *DEI*, también porque resultaban más tonificantes. Se beneficiaron de la luz y brisa de tres mares: Cantábrico (Comillas, Guetaria), Mediterráneo (Costa Brava-Manresa, Nápoles) y Atlántico (Puerto de Sta María). Por eso utilizamos aquí la imagen de unos astilleros y una travesía y nos referimos a “plegar velas antes de entrar a puerto.”

Isidro González Modroño convocó al GEI por primera vez a un encuentro en la Universidad de Comillas (Cantabria). Convocaba como Provincial de España a cinco profesores de Espiritualidad y a un escolar para constituirlos en una comunidad de investigación. Cada cual representaba su provincia (la provincia de Italia, con dos representantes y Castilla, Loyola, Tarraconense y Toledo, con un representante). La misión no era solo investigar en la espiritualidad ignaciana. El grupo nacía con una pretensión de integrarse en comunidad *ad dispersionem*, mediante la comunicación espiritual de las respectivas experiencias como formadores, docentes, investigadores, escritores, etc. El P. Elías Royón, Asistente, vino para bendecir aquellos comienzos y dialogó con nosotros sobre los futuros retos para el grupo. Juntos hablamos del estado y perspectivas de la espiritualidad ignaciana a nivel de investigación y experiencia.

José García de Castro aportó la idea de un diccionario y la idea fue bien recibida por el grupo inicialmente. Animado por nuestra reacción, nos presentó para discusión una “Propuesta de Borrador para Proyecto de Diccionario Ignaciano,” durante la segunda reunión del GEI (otoño 2000). El GEI no tardó en pedirle que también por competencia y méritos, quien había concebido el proyecto asumiese su dirección. Pensábamos entonces en un diccionario limitado (un solo volumen), que divulgase la espiritualidad ignaciana, con entradas o voces que incluyesen tres tipos de epígrafes y una bibliografía. Cada voz debería incluir la acepción lingüística (más propia de un filólogo) como punto de partida. Sobre ella se construiría la explicación antropológica y la interpretación teológico-espiritual. Si la presentación debiera apuntar a un amplio público, queríamos que cada voz fuese acompañada de una bibliografía selecta sobre el tema para especialistas.

Discutíamos por la opción entre uno de los siguientes formatos: “bolsillo,” “alforja,” y “petate.” Ignacio Iglesias ya tenía proyectado algo parecido a un diccionario de “bolsillo” para entonces. Michael Ivens estaba trabajando en un proyecto parecido por su cuenta. Estas informaciones inclinaron nuestra decisión en parte. Nos parecía razonable comenzar a pensar en un diccionario de “bolsillo” al menos. Aun estando a falta de experiencia, entre todos podríamos hacer un manualito digno. Creo que, en realidad, teníamos miedo de lanzarnos y medirnos con un proyecto más ambicioso. Temíamos, que un gran diccionario se convirtiese más en una carga que en un estímulo. La sombra del *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús* que había tardado tanto en salir pendía como una amenaza sobre nosotros.

El diccionario era la ocasión para ayudarnos a comenzar como grupo. Nos daría un marco serio para integrarnos como equipo de trabajo y, sobre todo, una acceso formidable hacia el campo al que nos destinaban. Después de los primeros titubeos acabamos apuntando al modelo intermedio (*alforja*). Planeábamos solicitar la colaboración de autores de nuestra asistencia y de algunos más de lengua española. Esta decisión era estratégica si no queríamos multiplicar las tareas de coordinación, pero también aquí cambiaríamos de parecer. Las actas reflejan que el grupo de colaboradores fue creciendo progresivamente. Queríamos contar con los mejores, integrar a los no-jesuitas, invitar a los de nuestra generación, etc. Comenzamos por los profesores y compañeros que habíamos conocido durante nuestros estudios en Francia, Alemania, Italia y EE.UU. La recepción sería increíblemente positiva, también por cuanto respecta a dejarse coordinar (por unos inexpertos como nosotros!).

A continuación esbozamos el método. Primero, seleccionaríamos las voces. García de Castro, que había defendido su disertación sobre la creación de lenguaje ignaciano, contaba con una base de datos especializada, verdadera matriz del proyecto. ¿Debíamos interesarnos también por tradiciones que nos han entregado términos no estrictamente ignacianos, como *fe y justicia* o *solidaridad*? Discutimos acerca de la conveniencia de abrir el vocabulario en la obra escrita de Ignacio a otras voces que nuestros contemporáneos buscarían espontáneamente. Esta discusión se clarificaría al pensar en las fuentes que ofreceríamos a nuestros colaboradores.

Guetaria 2001: El Diccionario en sus astilleros

En la reunión de la próxima primavera, todavía nos referíamos al *Diccionario de Términos Ignacianos*. Una lista presentaba voces nuevas junto a aquellas que ya habíamos discutido en la reunión previa. La lista de colaboradores no dejaba de crecer.

Dudábamos si suprimir más términos del siglo XVI, en favor de las voces contemporáneas. Especialmente teníamos que discutir los nombres propios (personas y lugares) y algunos términos de las últimas Congregaciones Generales. Se perfilaba así una lista de voces “irrenunciables”; a causa de su importancia para todo el proyecto, las llamaríamos “voces uno.” Junto a ellas, otras voces obtuvieron sólo una calificación “dos” o “tres.” No llegamos a discutir los criterios para la selección de voces. Creo que en aquellos momentos todavía las elegíamos intuitivamente y que el consenso del grupo era lo que las confirmaba.

Cuando el proyecto cumplía el primer año, nos reunimos en la casa de vacaciones que la Provincia de Loyola usa en Guetaria. Fueron días de trabajo intenso y de buenos baños en la “Playa de los Jesuitas.” Allí completamos una lista avanzada de voces e intentamos asignar a cada una el autor más idóneo. Al final, algunos autores concentraban demasiadas voces mientras que faltaban voces para otros.

Buscábamos equilibrar el diccionario. Creíamos que cada voz podía ser aproximada mejor desde alguna disciplina: si un historiador debía tratar la voz *París*, ¿quién debía tratar la voz *Manresa*? ¿y la voz *Roma*? No queríamos que el peso de la Psicología fuese superior al de la antropología, o que el Derecho Canónico determinase *la* visión que un diccionario de espiritualidad iba a dar del Instituto.

El P. Ina Echarte, provincial de Loyola, participó de algunas sesiones en Guetaria y nos abrió a nuevos proyectos. Fruto de la reunión de aquel verano, decidimos solicitar la colaboración de nuestros autores mediante dos cartas y un dossier. Una carta *introdutoria* serviría para dar autoridad al proyecto; debíamos encomendarla. Una segunda carta *explanatoria* sería firmada por el director del Diccionario; detallaría la breve lista de voces para cada colaborador, con sus características y extensión propias. Un dossier anexo finalmente señalaría normas de edición generales y de aquellas correspondientes a las voces “uno” (de mayor importancia), “dos” y “tres” (extensión mínima). También señalaría las fuentes donde buscar la información, el modo de citarlas, y el calendario. En realidad, íbamos a ser

bastante flexibles en estos puntos, pero esta información especificaba el tipo de contribución que pedíamos bastante bien.

Aunque ya en esta etapa veíamos la conveniencia de contratar una secretaria y becarios para las tareas más rutinarias, lo cierto es que nunca dispusimos de aquella y que estos no llegarían sino como voluntarios y en el verano del 2005. En cuanto a los gastos, el GEI que pronto contaría con un presupuesto anual, empezó a hacerles frente; para empezar, manteniéndolos al mínimo en lo posible.

En mayo del 2002, el proyecto no había salido a mar abierto y ya lo estaban meciendo algunas olas más altas. La carta que presentaría el proyecto estaba sin componer todavía. Robert Maryks, uno de los dos representantes de la Provincia italiana, había dejado la Compañía: Escribiría sus voces, pero dejaba un hueco importante en la coordinación y, afectivamente, en el grupo. José estaba a punto de marchar para la Tercera Probación en Chile, y abría así un paréntesis en el trabajo y coordinación. Su ordenador y la base de datos que él operaba quedarían limitadamente disponibles para el GEI. Finalmente, comprobamos que en la lista de colaboradores habíamos incluido menos jóvenes y bastantes “*seniors*.” Temíamos que este hecho hiciera frágil el proyecto.

Toño García aceptó ser quien dirigiese la carta introductoria a los colaboradores. Como director de la colección *Manresa* en que aparecería publicado, nos brindó su apoyo incondicional. Además, supo respetar la iniciativa que le proponíamos y hacernos sugerencias con delicadeza. Como director de la revista *Manresa*, por otro lado, participó del interés que su consejo mostró por el proyecto. Una vez que los colaboradores hubiesen respondido a la carta y aceptado escribir sus voces, nos pareció bien darles el plazo de año y medio para remitirlas. Queríamos aprovechar el verano, enviando una primera noticia antes de las vacaciones y solicitando la colaboración inmediatamente después de comenzar el curso.

Manresa 2002 : Un mare nostrum

El verano del 2002 nos reunimos en Manresa. Las actas de la reunión en el tercer verano ya registran el que sería título definitivo del *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*. Un sondeo había mostrado que la espiritualidad reconocía una mayor afinidad con nuestros colaboradores. Ahora discutíamos listas muy avanzadas tanto de las voces como de los

colaboradores y de las áreas. Díaz Moreno, Urbano Valero y algunos otros estaban colaborando con entusiasmo. José ya había establecido un primer contacto por correo electrónico con otros colaboradores (82 habían respondido afirmativamente mientras que sólo media docena se habían excusado). Faltaba por completar la base de datos con las direcciones. Teníamos más de veinticinco autores para quienes temíamos que las voces disponibles no les entusiasmarían.

Manresa clausuró un año de reuniones maratónicas en que dando vueltas al proyecto habíamos dado con su forma definitiva. A partir de ahora, comenzábamos nuestras reuniones dando un tiempo sustancial y de calidad para *asignar* las voces que se nos seguían ocurriendo o que los mismos autores sugerían. A veces, los autores respondían a nuestra propuesta explicando sus contra-propuestas. Pequeñas “redes” empezaron a activarse espontáneamente. Un dato ilustra el tráfico de comunicación: El buzón electrónico del Director del *DEI* llegaría a registrar más de 1800 entradas. Algunos colaboradores pedían los artículos afines antes de escribir los suyos. Querían mejorar sus voces o evitar repeticiones. En general, aceptábamos y seguíamos sus contra-propuestas. El proyecto se iba haciendo más “nuestro.” A medida que nuevas respuestas negativas llegaban, en cambio, buscábamos otros que las pudieran asumir. Reservábamos algunos autores de mayor confianza para el final, porque suponíamos que llegarían imprevistos. En realidad, quienes ya escribían otras voces, mostraron luego “grande ánimo y liberalidad” aceptando sucesivas peticiones de ayuda.

Un modo alternativo para dar flexibilidad al *DEI* en esta etapa consistió en redefinir algunas voces mediante agrupaciones de dos o más términos vecinos entre sí, o mediante la distinción de aspectos que sería conveniente confiar a diferentes autores y perspectivas. Inmersos en el proceso de elaboración, ahora descubríamos más autores en quienes no habíamos reparado al principio; la mayoría eran extranjeros. Sus nombres estaban apareciendo en la bibliografía ignaciana que desde el año 2000 veníamos elaborando y que vino a enriquecer nuestro conocimiento de quién era quién año a año.

En el verano del 2003 no celebramos nuestra reunión estival. Bastante teníamos con escribir nuestras propias voces. Habíamos recibido las primeras voces aquella primavera y conforme más reflexionábamos y leíamos más voces se nos ocurría debíamos tratar. Los mismos editores empezamos a cargarnos de trabajo. Ante el volumen del mismo que empezábamos a prever, voces que dudábamos en incluir al principio se

fueron quedando atrás, mientras que otras voces cayeron de la lista al ser rechazadas por los autores (*prudencia, salud*, etc.). Habíamos comenzado con más de 550 voces pero acabaríamos concentrándonos en unas 370. Así, una vez que sentimos que el vocabulario ignaciano quedaba bien definido, comenzamos a abrir el DEI a voces que pensábamos interesarían a nuestros contemporáneos (*Islam o Liturgia*, etc.).

Con retraso considerable, algunos autores declinaron la invitación. Algunos habían sido nombrados provinciales, de otros nos llegaba la noticia de su ingreso en la enfermería provincial, alguno había escrito dos emails diciendo que sí en el primero y todo lo contrario en el segundo. En general, se disculpaban por no disponer del tiempo necesario, alguno se sentía incapacitado para escribir sobre lo que le pedíamos, etc. La lista del 30 de noviembre de aquel año recoge quince autores que rechazaron en todo o en parte nuestra propuesta colaboración. Con frecuencia, señalaban otros nombres más adecuados para sustituirles.

La fecha de entrega inicial se aproximaba. El Director no había vuelto a intercambiar correo con algunos colaboradores, ¿qué pensar, a finales del 2003? Otros nos pedían una prórroga. Tres colaboradores de la primitiva lista habían fallecido. El primero de ellos, P. Joe Veal, nos había animado a llevar el proyecto adelante y nos había hecho entrega de las voces que barajaba para su propio proyecto de diccionario antes de que se quedara ciego.

A medida que nos preparábamos para la avenida masiva de los escritos, preveíamos las tareas siguientes. Esperábamos, primero, leer todas las voces y aplicarles un estilo homogéneo. Poco a poco el tiempo, y no nuestro diseño inicial, nos estaba enseñando qué formato adoptar. Debíamos encontrar traductores para más de cien voces en cinco lenguas. Especialmente con estas voces, deberíamos revisar los epígrafes comprobando su consistencia con el contenido y deberíamos comprobar que las bibliografías incluían títulos en castellano. Después vendrían tareas como relacionar las voces entre sí. El sistema que marca con asteriscos estas relaciones cargaría mucho la vista del lector. Optamos por concentrar las relaciones en una sección “*Véase*” al final de cada voz.

El ambiente entre los miembros del GEI ya era muy bueno. Participaba del ambiente con nuestros colaboradores. Nuestro entusiasmo crecía con las contribuciones que estos nos enviaban. A este momento de gratitud pertenece la iniciativa que José adelantó: queríamos enviar un

ejemplar a cada colaborador. A estas alturas todavía creíamos que la obra ocuparía un solo volumen.

Nápoles 2004 : Tensión en el golfo

Las actas de este año reflejan una creciente ansiedad, a medida que los trabajos de edición se intensificaban. El anfitrión aquel verano, Rossano, nos lo recordaba trayendo bombones (escribía por entonces la voz *Mística ignaciana*). Cuatro listados (*voces, autores, áreas y entregado/no entregado*) reflejaban el estado del *DEI*. Una preocupación era acertar con un método sencillo pero eficaz para procesar cientos de páginas con un estilo consistente. Así, seguimos suprimiendo voces que una vez nos habían parecido propias para el *DEI*. Muchas de las voces aceptadas iban a llegar retrasadas. Lo sabíamos porque entre estas voces se encontraban algunas de las que nos habíamos asignado a nosotros mismos!

El trabajo más importante de aquel encuentro napolitano fue la definición de las *normas de edición*. También discutimos sobre las traducciones. Comenzaba el trabajo más personal para los editores sobre el llamado *texto A*.

Para transcribir en un estilo homogéneo todos los textos que nos llegaban, nos distribuimos las voces según una antigua repartición de autores por criterios pragmáticos. Cada uno se ocuparía de leer lo escrito por sus amigos, compañeros de provincia, de ministerios, o colegas en la disciplina, etc. Pensábamos que esta proximidad facilitaría el contacto, si teníamos que aclarar algunas dudas que preveíamos aparecerían con la lectura.

Las voces traducidas requerían revisión. Por supuesto, cuando las traducían nuestros colaboradores, y también cuando eran los mismos autores quienes enviaban la traducción con el original, pero dando referencias a fuentes en otras lenguas, etc. Discutimos sobre la selección de un equipo de traductores. Deseábamos que fueran castellano parlantes, familiarizados con nuestra espiritualidad, capaces de producir textos en formato digital (no se podía presuponer). José redactó un nuevo documento titulado *A los traductores del DEI*. Los traductores trabajaban “en caliente,” al ritmo que llegaban las colaboraciones. En su mayoría eran jesuitas y con experiencia. Ignacio Echaniz, Francisco de Solís y Antonio Maldonado llevaron el mayor peso con alegría y aquel ritmo constante que permite establecer fechas de entrega a un editor.

También nos propusimos un calendario. Luego éste resultaría muy inadecuado. Nápoles marcó el comienzo del trabajo personal de cada editor. Deberíamos regresar a la próxima reunión estival con el trabajo completado (*texto B*). De manera que a finales del 2005 esperábamos tener todas las voces editadas por primera vez y listas para que otro de nosotros las revisase: “si no todos habíamos leído el *DEI*, al menos todo el *DEI* debía haber sido leído.” Se trataba del *texto C*, que enviaríamos a la editorial.

En octubre, el P. Elías Royón nos visitó en su condición de Provincial de España y amigo. Nos alegró con la noticia de que el P. General aceptaba tener la *Presentación*. También fijaba la fecha deseable para la aparición del *DEI*: el año de los jubileos ignacianos (2006). Despejaba, finalmente, algunas dudas sobre la permanencia de Rossano Zas Friz, miembro italiano del GEI, que seguiría con nosotros felizmente. El P. Royón se interesó por la calidad de las contribuciones, señalando que, como editores, no teníamos derecho a introducir cambios sustanciales pero incitándonos a dirigirnos al autor en caso de que alguna voz desentonara. Ante la premura de tiempo, la obra no debía perder en calidad. Un autor había decidido despedirse; quedaba pendiente entonces la voz *Loyola*. Por otros motivos, también quedaban pendientes *servicio-servir*, *discernimiento comunitario*, *conversión* o *compañeros*. En éstas y otras ocasiones, nos volvíamos en busca de quienes ya habían respondido con verdadera generosidad cuando les habíamos buscado en sucesivas ocasiones. También pedíamos a aquellos con quien más confianza nos unía, o, en fin, asumíamos las palabras nosotros mismos. Los plazos que podíamos ofrecer eran extremadamente cortos.

En aquella reunión, también nos hicimos agudamente conscientes de que los nombres de algunos compañeros no aparecerían en el *DEI*...si no nos empeñábamos en convencerles. Alguno había declinado la invitación hasta varias veces y, por ello, no todos estábamos de acuerdo con tanta deferencia, pero decidimos volver a insistir y aceptó.

Entramos en contacto con los representantes de las editoriales Sal Terrae y Mensajero para el proyecto. Jesús García Abril por aquella y Ángel Pérez Gomez y Josu Leguina, por ésta, se interesaron personalmente por el *DEI*. Cuidaron los detalles desde el principio y hasta obtener el resultado bello y digno que se ha hecho una realidad. Para hacer frente a las tareas de edición más mecánicas, recurrimos a un grupo de voluntarios (donde además de una mayoría de jesuitas, contribuyeron una religiosa y dos laicos). Después que el GEI hubiese leído el texto por primera vez, ellos lo releerían uniformando el estilo (Julio-agosto 2005). Entre todos, leyeron todo el

diccionario y casi completaron una segunda vuelta (hasta la letra “P”). José los coordinó en estas tareas que la Pontificia Universidad de Comillas auspició. La Universidad les prestó acceso a la biblioteca, ordenadores potentes y una sala excelente para esta labor. Tan ingrata como detallada y útil, su tarea liberó al GEI para centrarse en la mejora del diccionario.

En la reunión de primavera, además de ponernos al corriente del estado de entregas y voces pendientes (una treintena), expresamos nuestra primera valoración de lo que habíamos leído (*texto A*). Por supuesto, de esta lectura se seguía una más completa formulación de las *Normas de Edición*. Discutimos la conveniencia de establecer una “sistemática” u orden de aparición para las voces. La opción más inmediata era secuenciar alfabéticamente una voz tras otra.

Habíamos perdido el contacto con los autores de dos de las voces más importantes. Javier Melloni aceptó una tercera voz en este momento, *Historia de los Ejercicios*. Con su entusiasmo contagioso, además, sugirió añadir todavía más voces en este momento (*subjecto, todo, Dios*). ¿También Dios? Sí, como se comprenderá a continuación. Para estas alturas, éramos conscientes de que los lectores irían a buscar palabras no auténticamente ignacianas y que el GEI había decidido desarrollar mediante expresiones más distintivamente ignacianas, como *Divina Majestad, Trinidad*, etc. En estos momentos empezamos a concebir una nueva idea: proveer al diccionario con una propuesta de lectura sistemática y con mapas conceptuales que resolvieran esta tensión.

Estábamos unánimemente satisfechos. Cada miembro del GEI podía opinar así, habiendo leído grandes secciones del *DEI*. Éramos conscientes de la gran diversidad de estilos y descubríamos que algunas voces eran verdaderos artículos, mientras que casi ninguna sufriría en una comparación. Valorábamos, en conjunto, las comprensiones diversas de espiritualidad de que el *DEI* daba testimonio.

Puerto de Santa María : y mar abierto

José nos presentó la primera copia del *texto B* a finales del verano del 2005. Acababa de ser mejorada por las labores del grupo de voluntarios durante seis semanas. José presentó las estadísticas. Habían contribuido 157 autores en 389 artículos, con traducciones a cargo de 15 traductores, y

editados por 11 voluntarios. Quedaban solo once artículos por entregar, si no seguíamos incrementando el número de voces. Ante la premura de tiempo, debíamos decidir si renunciar a alguna de estas voces o asumirlas nosotros o si podíamos solucionar las ausencias de otro modo: dejándolas como simples entradas y reenviando al lector a otras voces.

En la reunión de otoño, José comenzó a decir que las “velas estaban ya plegadas y el barco entrando en puerto.” Las últimas voces que habíamos pedido habían sido entregadas, las voces referidas por los censores habían sido modificadas y un puñado de voces no entregadas habían sido prometidas antes de Navidad. Calculábamos que el *DEI* podría editarse en un solo volumen de 1.500 páginas. En todo caso, no entregaríamos el manuscrito hasta comienzos del 2006. Con este retraso se justificaba que no enviásemos a los autores las voces que habían sido traducidas; mucho menos a los que las escribieron directamente en castellano.

En general, estábamos muy satisfechos. Sentíamos que el *DEI* era ya una notable contribución en el campo de la espiritualidad. Ahora, nos preocupaba que apareciese con el menor número de errores tipográficos. Voces que se quedaban a niveles muy especializados, normalmente histórico, psicológico, etc., fueron levemente complementadas.

Empezamos a diseñar la campaña de publicidad que seguiría a la aparición del *DEI*. También nos informaron que se estaba despertando un cierto interés; se hablaba de traducciones al inglés y al francés. Todavía en estas fechas, Javier aceptó escribir la voz *Mistagogía*, que habíamos dejado olvidada y que, *en su ausencia*, el grupo se había confabulado para pedirle (y aceptó!).

Un día llegó la introducción del P. General. La leímos en voz alta y todos la recibimos con gratitud. A continuación, José nos entregó un borrador de su propia *Introducción*, aún en proceso. El GEI se lo agradeció, aprobando el texto en general y haciendo comentarios puntuales. Carlos Coupeau, a continuación, explicó una propuesta decimal de Itinerario de Lectura y tres modelos de Mapas Conceptuales. Estos últimos procedían de tres visiones (teológica, fenomenológica e histórica) sobre los datos del *DEI*.

Loyola 2006 : “Plegando las velas” y Primeras Pruebas

A finales del 2005 éramos conscientes de las virtudes que iba a tener el *DEI*. Había implicado a un gran número de especialistas a nivel mundial y por ello estaba llamado a convertirse en un instrumento muy útil para los institutos de espiritualidad en que trabajábamos (Madrid, Nápoles y Roma). Su utilidad no iba a ser menor para quienes dan Ejercicios o se empeñan a niveles pastorales. Por otra parte, se publicaba en un tiempo relativamente breve para una obra de sus características. Aunque esperábamos ver el *DEI* publicado en la primavera siguiente, en realidad, no lo veríamos hasta un año después. Nos íbamos haciendo conscientes de que hubiéramos deseado más tiempo: Comenzábamos a formular las primeras autocríticas. Habíamos deseado que se publicase justo antes o, al menos, entre los dos grandes congresos que se iban a celebrar en Loyola y Roma (agosto-octubre 2006). Aprovechando el retraso, Pascual Cebollada se dedicó a controlar pormenorizadamente la corrección en las bibliografías y José decidió leer atentamente todo el *DEI*, complementar alguna voz y hasta escribir otras más, que decididamente faltaban. Fruto de esta labor, las voces *Ejercitador* y *Ejercitante* vieron la luz en la “hora undécima.”

Sólo quedaba el marketing. Hablamos de los próximos Congresos internacionales *Ite inflammate omnia*, con motivo de los centenarios ignacianos y de la oportunidad que suponían. En el Congreso de Loyola (agosto 2006) presentamos, en realidad, unas “primeras pruebas” porque el texto venía con retraso. José se ocupó de ello mientras que otros tres miembros del GEI asistíamos al acto que tuvo lugar en Loyola (agosto 2006). Entre el centenar largo de asistentes estaban algunos colaboradores que además de mostrarse satisfechos por el resultado ya evidente, agradecieron la posibilidad de hojear el texto antes de su impresión definitiva y nos ayudaron identificando erratas y dándonos sugerencias. En este texto todavía estaban ausentes tres voces, alguna de ellas misteriosamente perdida. Estas pruebas regresaron a la imprenta con aproximadamente 15.000 añadiduras y correcciones.

También discutimos acerca de la publicidad en las noticias de las provincias y en programas de radio, en revistas especializadas a contactar y en presentaciones organizadas para dar a conocer el *DEI* a celebrar en Madrid, Roma, Barcelona, Granada, Salamanca, etc. Encontramos muy buena acogida tanto en *Revista de Espiritualidad Ignaciana* como en *The Way, Manresa*, y www.Ignaziana.org especialmente, pero también en otras

publicaciones². Determinamos enviar ejemplares a más revistas de prestigio en los diversos puntos de la Compañía. Nuevos colaboradores, se ofrecieron para elaborar las primeras recensiones, que empezaron a salir a comienzos de Julio.

Epílogo : una bella experiencia juntos

El *DEI* todavía pasaría segundas pruebas antes de que políticas editoriales aconsejasen publicarlo en la primavera del 2007. Con introducciones, índices y anexos, el proyecto casi alcanzaba las 2000 páginas. Dejándonos llevar por razones de estética y manejabilidad, decidimos publicarlo en dos volúmenes. Las fotografías de la caja que lo contenía alcanzaron la Internet a mediados de abril y la distribución del libro comenzó el 23 de ese mes. Páginas web de la Compañía lo anunciaron rápidamente. Testimonio de la acogida académica que lo recibió inmediatamente, el lector puede consultar las presentaciones del solemne Acto organizado por el Istituto di Spiritualità de la U. Gregoriana, inmediatamente antes de la conclusión del año académico.¹

La gestación de *DEI* ha durado siete años en su fase más inmediata. Pero paralela a esta “travesía,” el Grupo de Espiritualidad Ignaciana (GEI), que lo edita, se ha consolidado como grupo. Si a menudo entre bombones, por cierto, no siempre entre rosas. Discutimos mucho: con libertad y flexibilidad, como quien está entregado a la labor. El cansancio lógico favoreció aquellas tensiones donde nos íbamos conociendo mejor. En general, el *DEI* configuró nuestra misión y nos invitó a mirar con ilusión juntos hacia un mismo objetivo. También nos abrió una senda en la ruta de quienes trabajan la espiritualidad ignaciana a diversos niveles de publicación. Es un ejemplo, una instantánea, si me permiten la imagen, un brindis por la espiritualidad ignaciana hoy, una ocasión para dar gracias a Dios.

Estas páginas han querido mostrar el carácter dinámico que ha marcado la gestación del *DEI*. El *DEI* estaba abierto cuando un especialista como Tomás Álvarez, OCD, confirmaba nuestros primeros pasos con sus buenas impresiones y el *DEI* sigue estando abierto ahora, luego que vio la

*el DEI configuró nuestra
misión y nos invitó a mirar
con ilusión juntos hacia
un mismo objetivo*

luz y que las críticas, sanas y lúcidas empezaron a llegar, también a través de reseñas cuidadosas. El *DEI* permanece abierto ahora como afirma su *Introducción* y como lo prueba el que, con solo un centenar de copias en la editorial, ya hayamos empezado a preparar la segunda edición.

¹ En adelante el Diccionario de Espiritualidad Ignaciana se escribirá DEI, y el Grupo de Espiritualidad Ignaciana GEI.

² Publicado en www.Ignaziana.org, 3 (2007) 113-134.